

## Algunas palabras con una momia

Edgar Allan Poe

El simposio de la noche anterior había sido demasiado para mis nervios. Tenía un dolor de cabeza espantoso y estaba desesperadamente somnoliento. Por tanto, en lugar de salir a pasar la noche como me había propuesto, se me ocurrió que no podía hacer nada más prudente que comerme un bocado de la cena e irme inmediatamente a la cama.

Una cena ligera, por supuesto. Habiendo concluido una comida frugal y puesto mi gorro de dormir, apoyé la cabeza en la almohada y, con la ayuda de una conciencia capital, caí en un profundo sueño, en el acto.

No había completado mi tercer ronquido cuando se oyó un furioso toque en el timbre de la puerta de la calle y luego un golpe impaciente en la aldaba, que me despertó de inmediato. Un minuto después, y mientras todavía me frotaba los ojos, mi esposa me puso en la cara una nota de mi viejo amigo, el doctor Ponnonner. Decía así:

"Reúnete conmigo tan pronto como recibas esto. Por fin, gracias a una diplomacia perseverante durante mucho tiempo, he obtenido el asentimiento de los directores del Museo de la Ciudad para mi examen de la [Momia](#), ya sabes a qué me refiero. Tengo permiso para desenvainarlo y abrirlo. Solo unos pocos amigos estarán presentes, tú, por supuesto. La Momia está ahora en mi casa y comenzaremos a desenrollarla a las once de la noche.

Siempre tuyo, PONNONNER."

Salté de la cama en éxtasis, derribando todo en mi camino; me vestí con una rapidez verdaderamente maravillosa; y partí, a toda velocidad, hacia la consulta del médico.

Allí encontré reunido un grupo muy ansioso. Me habían estado esperando con mucha impaciencia; la Momia estaba extendida sobre la mesa del comedor; y en el momento en que entré, se inició su examen.

Había sido traída, varios años antes, por el capitán Arthur Sabretash, un primo de Ponnonner que la había extraído de una tumba cerca de Eleithias, en las montañas de Libia, a una distancia considerable sobre Tebas en el Nilo. Las grutas en este punto, aunque menos magníficas que las de Tebas, son de mayor interés, debido a que ofrecen más numerosas ilustraciones de la vida privada de los egipcios. Se decía que la cámara de la que se tomó nuestro espécimen era muy rica en tales ilustraciones; las paredes estaban completamente cubiertas con pinturas al fresco y bajorrelieves, mientras que las estatuas, jarrones y mosaicos de patrones ricos indicaban la vasta riqueza de los difuntos.

El tesoro había sido depositado en el Museo precisamente en el mismo estado en que lo encontró el capitán Sabretash; es decir, el sarcófago no había sido movido. Durante ocho años se mantuvo así, sujeto sólo externamente a la inspección pública. Por lo tanto, ahora teníamos a la Momia completa a nuestra disposición; y para aquellos que sepan cuán raramente llegan a nuestras costas las antigüedades sin saquear, les resultará evidente de inmediato que teníamos grandes motivos para felicitarnos por nuestra buena suerte.

Al acercarme a la mesa, vi en ella una gran caja, o estuche, de casi dos metros de largo y quizás un metro de ancho por dos metros y medio de profundidad. Era oblongo, no tenía forma de ataúd. Al principio se suponía que el material era de madera del sicomoro (*platanus*), pero, al cortarlo, encontramos que era cartón o, más propiamente, papel maché, compuesto de papiro. Estaba densamente ornamentado con pinturas que representaban escenas funerarias y otros temas tristes, intercalados entre los cuales, en cada variedad de posiciones, había ciertas series de caracteres jeroglíficos, destinados, sin duda, al nombre del difunto. Por suerte, el Sr. Gliddon estaba en nuestro grupo y no tuvo dificultad en traducir las letras, que eran simplemente fonéticas y representaban la palabra Allamistakeo.

Tuvimos algunas dificultades para abrirlo sin daños; pero habiendo cumplido al fin la tarea, llegamos a un segundo, en forma de ataúd, y de tamaño considerablemente menor que el exterior, pero que se le asemeja precisamente en todos los demás aspectos. El intervalo entre los dos estaba lleno de resina, que, en cierta medida, había desfigurado los colores de la caja interior.

Al abrir este último (lo que hicimos con bastante facilidad), llegamos a un tercer estuche, también en forma de ataúd, y que no variaba en nada del segundo, salvo en el de su material, que era el cedro, y aún emitía el peculiar y olor muy aromático de esa madera. Entre el segundo y el tercer ataúd no hubo intervalo, el uno encajaba con precisión dentro del otro.

Al quitar el tercer ataúd, descubrimos y sacamos el cuerpo en sí. Esperábamos encontrarlo, como de costumbre, envuelto en rollos o vendas de lino; pero, en lugar de éstos, encontramos una especie de funda, hecha de papiro, y cubierta con una capa de yeso, densamente dorada y pintada. Las pinturas representaban temas relacionados con los diversos supuestos deberes del alma y su presentación a diferentes divinidades, con numerosas figuras humanas idénticas, destinadas, muy probablemente, a retratos de las personas embalsamadas. Extendiéndose de la cabeza a los pies había una inscripción columnar, o perpendicular, en jeroglíficos fonéticos, dando nuevamente su nombre y títulos, y los nombres y títulos de sus parientes.

Alrededor del cuello, había un collar de cuentas de vidrio cilíndricas, de diversos colores, y dispuestas de manera que formaran imágenes de deidades, escarabajos, etc. Alrededor de la cintura había un collar o cinturón similar.

Desmontando el papiro, encontramos el cuerpo en excelente estado de conservación, sin olor perceptible. El color era rojizo. La piel estaba dura, suave y brillante. Los dientes y el cabello estaban en buenas condiciones. Los ojos (al parecer) habían sido quitados y sustituidos por los

de vidrio, que eran muy hermosos y maravillosamente realistas, con la excepción de una mirada algo demasiado decidida. Los dedos y las uñas estaban brillantemente dorados.

Registramos el cadáver con mucho cuidado en busca de las aberturas habituales por las que se extraen las entrañas, pero, para nuestra sorpresa, no pudimos descubrir ninguna. Ningún miembro del grupo sabía en ese período que no es raro encontrar momias enteras o sin abrir. El cerebro solía retirarse por la nariz; los intestinos a través de una incisión en el costado; luego el cuerpo fue afeitado, lavado y salado; posteriormente se dejó a un lado durante varias semanas, cuando comenzó la operación de embalsamamiento, propiamente dicho.

Como no se pudo encontrar rastro de una abertura, el doctor Ponnonner estaba preparando sus instrumentos para la disección, cuando observé que eran más de las dos. Acto seguido se acordó posponer el examen interno hasta la noche siguiente; y estábamos a punto de separarnos por el momento, cuando alguien sugirió uno o dos experimentos con la pila voltaica.

La aplicación de electricidad a una momia de tres o cuatro mil años por lo menos, fue una idea, si no muy sabia, todavía lo suficientemente original. Fue solo después de muchos problemas que logramos dejar al descubierto algunas partes del músculo temporal que parecían tener una rigidez menos pedregosa que otras partes del marco, pero que, como habíamos anticipado, por supuesto, no dieron indicios de susceptibilidad galvánica cuando se llevaron en contacto con el alambre. Esta, la primera prueba, en verdad, parecía decisiva, y, riendo a carcajadas por nuestro propio absurdo, nos estábamos dando las buenas noches, cuando mis ojos, al caer sobre los de la Momia, quedaron inmediatamente clavados en el asombro. Mi breve mirada, de hecho, había bastado para asegurarme que los orbes que todos habíamos supuesto que eran de vidrio, y que originalmente se notaban para una cierta mirada salvaje, ahora estaban tan cubiertos por los párpados.

Con un grito llamé la atención sobre el hecho y se hizo evidente de inmediato para todos.

No puedo decir que me alarmó el fenómeno, porque "alarmado" no es, en mi caso, exactamente la palabra. En cuanto al resto de la compañía, realmente no hicieron ningún intento por ocultar el susto absoluto que se apoderó de ellos.

Sin embargo, después de la primera conmoción de asombro, nos resolvimos, por supuesto, con nuevos experimentos de inmediato. Nuestras operaciones ahora estaban dirigidas contra el dedo gordo del pie derecho. Hicimos una incisión sobre el exterior del sesamoideum pollicis pedis exterior, y así llegamos a la raíz del músculo abductor. Reajustando la batería, ahora aplicamos el líquido a los nervios bisectados, cuando, con un movimiento muy parecido a la vida, la Momia primero levantó su rodilla derecha para ponerla casi en contacto con el abdomen, y luego, enderezándose el miembro con una fuerza inconcebible, le dio una patada al doctor Ponnonner, que tuvo el efecto de descargar a ese caballero, como una flecha de una catapulta, a través de una ventana hacia la calle de abajo.

Salimos corriendo en masa para traer los restos destrozados de la víctima, pero tuvimos la felicidad de encontrarnos con él en la escalera, subiendo con una prisa inexplicable, rebosantes de la filosofía más ardiente y más impresionados que nunca por la necesidad de enjuiciar. nuestro experimento con vigor y celo.

En consecuencia, fue por su consejo que hicimos, en el lugar, una incisión profunda en la punta de la nariz del sujeto, mientras que el propio Doctor, colocando violentas manos sobre ella, la empujaba a un contacto vehemente con el alambre.

Moral y físicamente, figurativa y literalmente, el efecto fue eléctrico. En primer lugar, el cadáver abrió los ojos y guiñó un ojo muy rápido durante varios minutos, en segundo lugar, estornudó; en el tercero, se sentó al final; en el cuarto, agitó el puño en la cara del doctor Ponnonner; en el quinto, dirigiéndose a los señores Gliddon y Buckingham, se dirigió a ellos, en muy mayúscula egipcia, así:

¿En este clima miserablemente frío? ¿Bajo qué luz debo considerar su ayuda y complicidad con ese miserable villano, el doctor Ponnonner, que me tira de la nariz?"

Se dará por sentado, sin duda, que al escuchar este discurso dadas las circunstancias, todos nos dirigimos hacia la puerta, o caímos en una violenta histeria, o nos fuimos en un desmayo general. Una de estas tres cosas, digo, era de esperar.

El doctor Ponnonner se metió las manos en los bolsillos de los pantalones, miró fijamente a la Momia y enrojeció. El Sr. Glidden se acarició los bigotes y se subió el cuello de la camisa. El Sr. Buckingham bajó la cabeza y se llevó el pulgar derecho a la comisura izquierda de la boca.

El egipcio lo miró con semblante severo durante algunos minutos y al fin, con una mueca de desprecio, dijo:

"¿Por qué no habla, señor Buckingham? ¿Escuchó lo que le pregunté, o no?"

El señor Buckingham, entonces, se sobresaltó levemente y no pudiendo obtener una respuesta del Sr. B., la figura se volvió malhumorada hacia el Sr. Gliddon y, en tono perentorio, exigió en términos generales lo que todos queríamos decir.

Mr. Gliddon respondió extensamente, en fonética; y si no fuera por la deficiencia de las imprentas en tipo jeroglífico, me complacería mucho registrar aquí, en el original, la totalidad de su excelente discurso.

También puedo aprovechar esta ocasión para señalar que toda la conversación posterior en la que participó la Momia se llevó a cabo en egipcio primitivo con los señores Gliddon y Buckingham, como intérpretes. Estos señores hablaban la lengua materna de la Momia con inimitable fluidez y gracia.

Se comprenderá fácilmente que el discurso del Sr. Gliddon se centró principalmente en los vastos beneficios que reporta a la ciencia el desenrollar y destripar las momias; disculpándose, a este respecto, por cualquier disturbio que pudiera haberle ocasionado, en particular, el individuo Momia llamado Allamistakeo; y concluyendo con una mera insinuación (porque difícilmente podría considerarse más) que, como ahora se explicaron estos pequeños asuntos, sería conveniente continuar con la investigación que se pretendía. Aquí el doctor Ponnonner preparó sus instrumentos.

Allamistakeo se expresó satisfecho con las disculpas ofrecidas y, bajándose de la mesa, estrechó la mano de todos los presentes.

Terminada esta ceremonia, nos ocupamos de inmediato en reparar los daños que nuestro sujeto había sufrido por el bisturí. Le cosimos la herida de la sien, le vendamos el pie y le aplicamos una pulgada cuadrada de yeso negro en la punta de la nariz.

Ahora se observó que el Conde (este era el título, al parecer, de Allamistakeo) tuvo un ligero ataque de escalofríos, sin duda por el frío. El Doctor inmediatamente se reparó en su guardarropa y pronto regresó con un abrigo negro, confeccionado de la mejor manera de Jennings, un par de pantalones a cuadros azul celeste con correas, un camisa de cuadros vichy, chaleco de brocado con solapas, abrigo de saco blanco, bastón con gancho, sombrero sin ala, botas de charol, guantes de niño color paja, un ocular, un par de bigotes y un corbata cascada. Debido a la disparidad de tamaño entre el conde y el médico (la proporción es de dos a uno), hubo alguna pequeña dificultad para ajustar estos atuendos a la persona del egipcio; pero cuando todo estuvo arreglado, se podría haber dicho que estaba vestido. El Sr. Gliddon, por lo tanto, le dio el brazo y lo condujo a una cómoda silla junto al fuego, mientras el Doctor tocaba el timbre en el lugar y ordenaba una provisión de puros y vino.

La conversación pronto se animó. Por supuesto, se expresó mucha curiosidad con respecto al hecho algo notable de que Allamistakeo aún permanece vivo.

- Debería saber, observó el Sr. Buckingham, que ya era hora de que estuvieras muerto.

- Bueno, respondió el conde, muy asombrado, tengo poco más de setecientos años. Mi padre vivió mil y de ninguna manera era un anciano cuando murió.

Aquí siguió una enérgica serie de preguntas y cálculos, por medio de los cuales se hizo evidente que la antigüedad de la Momia había sido tremendamente mal calculada. Habían pasado cinco mil cincuenta años y algunos meses desde que fue enviado a las catacumbas de Eleithias.

- Pero lo que no podemos comprender, dijo el doctor Ponnonner, es cómo sucede que, después de haber estado muerto y enterrado en Egipto hace cinco mil años, usted está hoy aquí vivo y con un aspecto tan delicioso.

- Si hubiera estado, como usted dice, muerto, respondió el Conde, es más que probable que muerto, todavía estaría. Pero el hecho es que caí en catalepsia y mis mejores amigos consideraron que estaba muerto o debería estarlo; en consecuencia, me embalsamaron de inmediato; supongo que ya lo sabes.

- ¿Por qué no muerto del todo?

- Es necesario explicar que embalsamar en Egipto, era detener indefinidamente todas las funciones vitales. En cualquier condición que el individuo se encontrara, en el período de embalsamamiento, en esa condición permaneció. Ahora, como tengo la buena fortuna de ser de la sangre de la tribu Scarabaeus, fui embalsamado vivo, como me ves ahora".

- ¡La sangre de los Scarabaeus!, exclamó el doctor Ponnonner.

- Sí. El Scarabaeus era una familia patricial muy distinguida y muy rara. De hecho, es la costumbre general en Egipto privar a un cadáver, antes del embalsamamiento, de sus entrañas y cerebros; la raza de los Scarabaeus por sí sola no coincidía con la costumbre. Si no hubiera sido un Scarabeus, por lo tanto, debería haber sido embalsamado sin intestinos ni cerebro.

- El Scarabaeus era uno de los dioses egipcios, dijo el Sr. Gliddon.

- Señor Gliddon, realmente me asombra oírle hablar de esto, dijo el Conde, volviendo a sentarse, ninguna nación sobre la faz de la tierra ha reconocido a más de un dios. El Scarabaeus, los Ibis, etc., estaban con nosotros (como criaturas similares lo han estado con otras).

Hubo aquí una pausa. El coloquio fue renovado por el doctor Ponnonner.

- ¿No es improbable, entonces, por lo que ha explicado, dijo, que entre las catacumbas cercanas al Nilo puedan existir otras momias de la tribu Scarabaeus, en estado de vitalidad?

- No puede haber ninguna duda, respondió el Conde, todos los Scarabaeus embalsamados accidentalmente mientras estaban vivos, están vivos ahora. Incluso algunos de los embalsamados a propósito.

- ¿Sería tan amable de explicarme, dije, lo que quiere decir con 'embalsamado a propósito'?

- Con mucho gusto, dijo. La duración habitual de la vida del hombre, en mi época, era de unos ochocientos años. Pocos hombres murieron, salvo por accidente extraordinario, antes de los seiscientos años. Después del descubrimiento del principio del embalsamamiento, como ya se lo he descrito, a nuestros filósofos se les ocurrió que una loable curiosidad podría satisfacerse.

Un historiador, por ejemplo, habiendo alcanzado la edad de quinientos años, escribiría un libro con gran trabajo y luego se embalsamaría cuidadosamente; dejando instrucciones a sus albaceas para que lo revivieran después de un cierto período, digamos quinientos o seiscientos años. Reanudando la existencia al expirar este tiempo, invariablemente encontraría su gran obra convertida en una especie de cuaderno de apuntes fortuitos, es decir, en una especie de arena literaria para las conjeturas conflictivas, los acertijos y las disputas personales de grupos enteros de comentaristas exasperados. Se consideraba que el historiador tenía el deber ineludible de ponerse a trabajar inmediatamente para corregir, a partir de su propio conocimiento y experiencia privados, las tradiciones de la época relativas a la época en la que había vivido originalmente. Ahora bien, este proceso de rescripción y rectificación personal, perseguido por varios sabios individuales de vez en cuando, tuvo el efecto de evitar que nuestra historia degenerara en una fábula absoluta.

Y así el Conde procedió a relatar algunas anécdotas, que hicieron evidente que los prototipos de Gall y Spurzheim habían florecido y desvanecido en Egipto hace tanto tiempo que casi habían sido olvidados, y que las maniobras de Mesmer fueron realmente trucos muy despreciables cuando se combinan con los milagros positivos de los savanos tebanos, que crearon piojos y muchas otras cosas similares.

Aquí le pregunté al Conde si su gente podía calcular eclipses. Él sonrió con bastante desdén y dijo que sí.

Esto me desconcertó un poco, pero comencé a hacer otras indagaciones con respecto a sus conocimientos astronómicos. Luego le pregunté a la Momia sobre lentes y, en general, sobre la fabricación de vidrio.

En cuanto al conde, simplemente me preguntó, a modo de respuesta, si los modernos poseíamos microscopios que nos permitieran realizar camafeos al estilo de los

egipcios. Mientras pensaba en cómo responder a esta pregunta, el pequeño doctor Ponnonner se comprometió de una manera extraordinaria.

¡Mire nuestra arquitectura, la Fuente Bowling-Green en Nueva York! O si esto es una contemplación demasiado vasta, ¡observe por un momento el Capitolio en Washington, DC! - y el buen médico pasó a detallar muy minuciosamente las proporciones arquitectónicas a las que se refería. Explicó que el pórtico solo estaba adornado con no menos de veinticuatro columnas, de cinco pies de diámetro y diez pies de distancia.

El Conde dijo que lamentaba no poder recordar, justo en ese momento, las dimensiones precisas de ninguno de los principales edificios de la ciudad de Aznac, cuyos cimientos fueron puestos en la noche de los tiempos pero cuyas ruinas aún permanecen de pie en una vasta llanura de arena al oeste de Tebas.

Sin embargo, recordaba (hablando de los pórticos) que uno colocado en un palacio inferior en una especie de suburbio llamado Carnac, constaba de ciento cuarenta y cuatro columnas, treinta y siete pies de circunferencia y veinticinco pies de distancia. El acceso a este pórtico, desde el Nilo, era a través de una avenida de dos millas de largo, compuesta de esfinges, estatuas y obeliscos, de veinte, sesenta y cien pies de altura. El palacio en sí (tan bien como él podía recordar) tenía, en una dirección, dos millas de largo, y podría haber tenido en total unos siete en circuito.

Sus paredes estaban ricamente pintadas por todas partes, por dentro y por fuera, con jeroglíficos. No pretendería afirmar que incluso cincuenta o sesenta de los Capitolios del Doctor podrían haberse construido dentro de estos muros, pero de ninguna manera estaba seguro de que doscientos o trescientos de ellos no hubieran tenido algún problema.

Ese palacio de Carnac era, después de todo, un pequeño edificio insignificante. Él (el Conde), sin embargo, no podía negarse conscientemente a admitir el ingenio, la magnificencia y la

superioridad de la Fuente en el Bowling Green, como lo describió el Doctor. Se vio obligado a admitir que nunca se había visto nada parecido en Egipto o en cualquier otro lugar.

Aquí le pregunté al Conde qué tenía que decir a nuestros ferrocarriles.

- Nada en particular, respondió. Eran más bien ligeros, mal concebidos y torpemente ensamblados. No podían compararse, por supuesto, con las vastas calzadas planas, directas y con ranuras de hierro por las que los egipcios transportaban templos enteros y sólidos obeliscos de ciento cincuenta pies de altura.

Hablé de nuestras gigantescas fuerzas mecánicas.

Estuvo de acuerdo en que sabíamos algo de esa manera, pero preguntó cómo debería haberme puesto manos a la obra para levantar las impostas de los dinteles incluso del pequeño palacio de Carnac.

Llegué a la conclusión de no escuchar esta pregunta y le pregunté si tenía alguna idea de los pozos artesianos; pero simplemente arqueó las cejas; mientras que el Sr. Gliddon me guiñó un ojo muy fuerte y dijo, en voz baja, que uno había sido descubierto recientemente por los ingenieros empleados para perforar en busca de agua en el Gran Oasis.

Luego mencioné nuestro acero; pero la Momia levantó la nariz y me preguntó si nuestro acero podría haber ejecutado el afilado tallado que se ve en los obeliscos, y que fue realizado en conjunto con herramientas de borde de cobre.

Esto nos desconcertó tanto que creímos conveniente variar el ataque a la Metafísica.

El Conde simplemente dijo que los Grandes Movimientos eran cosas terriblemente comunes en su época, y en cuanto al Progreso, en un momento fue bastante molesto, pero nunca progresó.

Luego hablamos de la gran belleza e importancia de la democracia, y nos costó mucho impresionar al conde con el debido sentido de las ventajas que disfrutamos al vivir donde había sufragio ad libitum y no había rey.

Escuchó con marcado interés y, de hecho, parecía no poco divertido. Cuando terminamos, dijo que, hace mucho tiempo, había ocurrido algo muy similar. Trece provincias egipcias decidieron todas a la vez ser libres y dar un magnífico ejemplo al resto de la humanidad. Reunieron a sus sabios y elaboraron la constitución más ingeniosa que se pueda concebir. Durante un tiempo se las arreglaron notablemente bien; sólo su hábito de fanfarronear era prodigioso. La cosa terminó, sin embargo, en la consolidación de los trece estados, con unos quince o veinte más, en el despotismo más odioso e insoportable que se haya oído jamás sobre la faz de la Tierra.

Pregunté cómo se llamaba el tirano usurpador.

Por lo que el Conde podía recordar, era Mob.

Sin saber qué decir a esto, levanté la voz y deploré la ignorancia egipcia del vapor.

Entonces recobramos el ánimo, y el Doctor, acercándose a la Momia con gran dignidad, le pidió que dijera con franqueza, sobre su honor de caballero, si los egipcios habían comprendido, en algún momento, la fabricación de pastillas de Ponnonner o de píldoras de Brandreth.

Buscamos, con profunda ansiedad, una respuesta, pero en vano. No fue inminente. El egipcio se sonrojó y bajó la cabeza. Nunca fue el triunfo más consumado; nunca la derrota fue soportada con tan mala gracia. De hecho, no pude soportar el espectáculo de la mortificación de la pobre Momia. Cogí mi sombrero, le saludé con rigidez y me despedí.

Al llegar a casa pasadas las cuatro me fui inmediatamente a la cama. Ahora son las diez de la

mañana. Me he levantado a las siete y desde entonces estoy escribiendo estos memorandos en beneficio de mi familia y de la humanidad.

La verdad es que estoy harto de esta vida y del siglo XIX en general. Estoy convencido de que todo va mal. Además, estoy ansioso por saber quién será presidente en 2045. Por lo tanto, tan pronto como me afeite y beba una taza de café, me acercaré a Ponnonner's y seré embalsamado durante un par de cientos de años.